

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo LIX. Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedio a Don Quixote.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1686**

el camino, esperàndo à que Sancho, rozinante, y el ruzio llegàssen. Llegàron, bolvièron à subir amo, y moço, y fin bolvèr à despedirse de la Arcadia fingida, ô contrahecha, y con mas verguença que gusto, figuièron su camino.

## CAPITULO LIX.

*Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucediò à Don Quixote.*

**A**L polvo, y al cansancio, que Don Quixote, y Sancho facàron del descomedimiento de los toros, socorriò una fuente clara, y limpia, que entre una fresca arboleda hallàron, en el margen de la qual, dexando libres sin xàquima, y freno al ruzio, y à rozinante, los dos affendereàdos amo y moço se sentàron. Acudiò Sancho à la reposteria de sus alforjas, y dellas facò, de lo que el solia llamàr condumio. Enxuagòse la boca, lavòse Don Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobràron aliènto los espíritus desalentàdos. No comia Don Quixote de puro pesaròso, ni Sancho no osàva tocàr à los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperàva à que su Señor hizièsse la falva: Pero vièndo, que llevàdo de sus imaginaciones no se acordava de llevàr el pan à la boca, no abriò la fuya; y atropellàndo por todo genero de criança, començò à embaulàr en el estòmago el pan, y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote; sustenta la vida que mas que à mi te importa, y dexame morir à mi à manos de mis pensamientos, y à fuerças de mis desgracias. Yo, Sancho, nacì para vivir murièndo, y tu para morir comièndo; y

H h 2

porque



porque veas que te digo verdàd en esto, confidèrame impresso en històrias, famòso en las armas, comedido en mis acciones, respetàdo de Principes, sollicitàdo de donzellas; y al cabo al cabo, quando esperàva palmas, triunfos, y coronas grangeàdas, y merecidas por mis valeròsas hazañas, me he visto esta mañana pisàdo y acozeàdo, y molido de los pies de animales inmundos, y fozes. Esta consideraciòn me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomèce las manos, y me quita de todo en todo la gana del comèr, de manera, que pienso dexàrme morir de hambre (muerte la mas cruel de las muertes.) Dèssa manera, dixo Sancho (sin dexàr de mascàr à prièssa) no aprovarà vuessa mercèd aquel Refran que dize: *Muera Marta, y muera barta*: Yo alomènos no pienso matàrme à mi mismo, antes pienso hazèr como el zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le haze llegàr donde el quiere: Yo tirarè mi vida comièndo hasta que llegue al fin, que le tiene determinàdo el Cielo; y sepa, Señor, que no ay mayor locura que la que tocà en querèr desesperàrse como vuessa mercèd; y crèame, y despues de avèr comido, echese à dormir un poco sobre los colchones verdes destas yervas, y verà como quando despierte, se halla algo mas aliviàdo. Hizolo assi Don Quixote, parecièndole, que las razones de Sancho mas eran de Filosofo, que de mentecàto; y dixole: Si tu, ô Sancho quisieses hazèr por mi lo que yo aora te dirè, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedecièndo tus consejos, tu te desviasies un poco lexos de aqui, y con las riendas de rozinante, echàndo al ayre tus carnes, te diessies trecientos, ô quatro-

quatrocientos açotes à buena cuenta de los tres mil, y tantos, que te has de dar por el desencanto de Dulcinèa, que es làstima no pequeña, que aquella pobre Señora esle encantada por tu descuydo, y negligencia. Ay mucho que dezir en esso, dixo Sancho: Durmàmos por aora entrambos, y despues Dios dixo lo que serà. Sepa vueffa mercèd, que esto de açotàrse un hombre à fangre fria es cosa rezia, y mas si caen los açotes sobre un cuerpo mal sustentado, y peor comido. Tenga paciencia mi Señora Dulcinèa, que quando menos se cate, me verà hecho una criba de açotes; y hasta la muerte todo es vida; quiero dezir, que aun yo la tengo, junto con el deseò de cumplir lo que he prometido. Agradecièndoselo Don Quixote, comiò algo, y Sancho mucho, y echàronse à dormir entrambos, dexando à su alvedrio, y sin orden alguna pacer de la abundosa yerva, de que aquel prado estàva lleno, à los dos continuos compañeros, y amigos rozinante, y el ruzio. Despertaron algo tarde, bolvièron à subir, y à seguir su camino, dandose prièssa para llegar à una venta, que al parecer una legua de alli se descubria: Digo, que era venta, porque Don Quixote la llamò assi, fuera del uso que tenia de llamar à todas las ventas castillos. Llegaron pues à ella, y preguntaron al huesped, si avia posada? Fueles respondido, que Si, con toda la comodidad, y regalo que pudièra hallar en Zaragoza. Apeàronse, y recogiò Sancho su reposteria en un aposento, de quien el huesped le diò la llave. Llevò las bestias à la cavalleriza; echòles sus pienfos; saliò à ver lo que Don Quixote (que estàva sentado sobre un poyo) le mandava, dando particulares gracias al Cielo, de que

que à fu amo no le huvièssè parecido castillo aquella venta. Llegòse la hora del cenàr ; recogieronse à fu estancia ; preguntò Sancho al huesped, que que tenia para darles de cenàr ? A lo que el huesped respondiò, que fu boca sería medida ; y assi que pidièssè lo que quisièssè, que de las paxaricas del ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estàva proveyda aquella venta. No es menestèr tanto, respondiò Sancho, que con un par de pollos, que nos assèn, tendrèmos lo suficiente, porque mi Señor es delicado, y come poco, y yo no soy traganton en demasia. Respondiòle el huesped, que no tenia pollos, porque los milanos los tenian assòlados. Pues mande el Señor huesped, dixo Sancho, assàr una polla que sea tierna. Polla, mi padre, respondiò el huesped, en verdàd en verdàd, que embiè ayer à la ciudad à vendèr mas de cinquenta ; pero fuera de pollas, pida vueffa mercèd lo que quisière. Dèssa manera, dixo Sancho, no faltará ternera, ó cabrito. En casa por aora, respondiò el huesped, no lo ay, porque se ha acabado, pero la semana que viene lo avrà de sobra. Medrados estàmos con esso, respondiò Sancho ; yo apostarè, que se vienen à resumir todas estas faltas en las sobras que deve de avèr de tozino, y huèvos. Por Dios, respondiò el huèsped, que es gentil relente el que mi huesped tiene ; pues hèle dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quière que tenga huèvos ? Discurra si quisière por otras delicadeças, y dexese de pedir gallinas. Resolvàmonos, cuerpo de mi, dixo Sancho ; y dìgame finalmente lo que tiene, y dèxese de discurrimiètos, Señor huèsped. Dixo entonces el ventero : Lo que real, y verdaderamente tengo,

tengo, son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca: Están cozidas con sus garvanços, cebollas, y tocino, y à la hora de aora están diziendo, comème, comème. Por mias las marco desde aquí, dixo Sancho; y nadie las toque, que yo las pagarè mejor que otro, porque para mi ninguna otra cosa pudièra esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuèssen manos, como no fuèssen uñas. Nadie las tocarà, dixo el ventero, porque otros huespedes que tengo, de puro principales, traen consigo cozinero, despensero, y reposteria. Si por principales và, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que el trae, no permite despensas, ni botillerias. Ay nos tendèmos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ò de nisperos. Esta fuè la platica, que Sancho tuvo con el ventero, sin querèr Sancho passàr adelante en responderle, que ya le avia preguntado que oficio, ò que exercicio era el de su amo.

LEGGÒSE, pues, la hora del cenàr; recogióse à su estancia Don Quixote; truxo el huesped la olla assi como estàva, y sentòse à cenàr muy de proposito. Parece ser que en otro aposento, que junto al de Don Quixote estàva (que no le dividia mas que un futil tabique) oyò dezir Don Quixote: Por vida de vuestra mercèd, Señor Don Geronimo, que en tanto que traen la cena, leamos otro capitulo de la segunda parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyò su nombre Don Quixote, quando se puso en pie, y con oydo alerta escuchò lo que del tratàvan, y oyò, que el tal Don Geronimo referido respondiò: Para que quiere vuestra mercèd, Señor Don Juan que leamos estos  
disparates,

disparâtes, pues el que huviere leydo la primera parte de la història de Don Quixote de la Mancha, no es possible que pueda tener gusto en leèr esta segunda. Con todo esso, dixo el Don Juan, ferà bien leèr la, pues no ay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que à mi en este mas me displaze es, que pinta à Don Quixote yà defenamorado de Dulcinèa del Tobòso. Oyèndo lo qual Don Quixote, lleno de ira, y de despecho alçò la voz, y dixo: Quienquiera que dixere, que Don Quixote de la Mancha hà olvidàdo, ni puede olvidàr à Dulcinèa del Tobòso, yo le harè entendèr con armas iguales, que vâ muy lexos de la verdàd, porque la fin par Dulcinèa del Tobòso, ni puede sèr olvidàda, ni en Don Quixote puede cabèr olvido. Su blason es la firmèza, y su professiòn el guardàr la con suavidad, y fin hazèrse fuerça alguna. Quien es el que nos responde, respondièron del otro aposento? Quien ha de sèr, respondiò Sancho, fino el mismo Don Quixote de la Mancha, que harà bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere; que *al buen pagador no le duelen prendas*. Apenas huvò dicho esto Sancho, quando entràron por la puerta de su aposento dos Cavalleros, que tales lo parecian, y uno dellos, echando los braços al cuello de Don Quixote, le dixo: Ni vuestra presència puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede dexàr de acreditar vuestra presència. Sin duda vos, Señor, sòys el verdadèro Don Quixote de la Mancha, norte, y luzèro de la andante Cavalleria, à despecho, y pesàr del que ha querido usurpàr vuestro nombre, y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrègo; y ponièndole un libro en  
las

las manos, que traía su compañero, le tomó Don Quijote, y sin responder palabra, comenzó à hojearle, y de allí à un poco se le bolvió, diziendo: En este poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras, que he leydo en el Prologo: La otra, que el lenguaje es Aragonés; porque tal vez escribe sin articulos: Y la tercera, que mas le confirma por ignorante es, que yerra, y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia; porque aquí dize, que la muger de Sancho Pança mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Pança; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer, que yerra en todas las demás de la historia. A esto dixo Sancho: donosa cosa de historiador por cierto! bien deve de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama à Teresa Pança mi muger, Mari Gutierrez. Torne à tomar el libro, Señor, y mire, si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre? Por lo que te he oydo hablar, amigo, dixo Don Geronimo, sin duda devèys de ser Sancho Pança, el escudero del Señor Don Quijote? Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues à fe, dixo el Cavallero, que no os trata este autor moderno con la limpieza, que en vuestra persona se muestra: Pintaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho, que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho; dexàrame en mi rincón sin acordarse de mi; porque *quien las sabe, las tañe*; y bien se està San Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidieron à Don Quijote se pasàsse à su estancia à cenar con ellos, que bien sabian,





que en aquella venta no avia cosas pertenecientes para su persona. Don Quixote, que siempre fuè comedido, condescendió con su demanda, y cenò con ellos. Quedòse Sancho con la olla con mero mixto imperio; sentòse en cabecera de mesa, y con el, el ventero, que no menos que Sancho, estàva de sus manos, y de sus uñas aficionado.

EN el discurso de la cena preguntò Don Juan à Don Quixote, que nuevas tenia de la Señora Dulcinèa del Toboso? Si se avia casado? Si estàva parida, ò preñada? O si estàndo en su entereza, se acordàva (guardando su honestidad, y buen decoro) de los amoròsos pensamientos del Señor Don Quixote? A lo que nuestro Cavallero respondió, Dulcinèa se està entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua; su hermosura en la de una soez labradora transformada: Y luego les fuè contando punto por punto el encanto de la Señora Dulcinèa, y lo que le avia sucedido en la cueva de Montefinos, con la orden que el sabio Merlin le avia dado para desencantarla, que fuè la de los açotes de Sancho. Sumo fuè el contento, que los dos Cavalleros recibieron de oyr contar à Don Quixote los estraños sucesos de su historia, y assi quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contava. Aquì le tenían por discreto, y allí se les deslizava por mentecato, sin saber determinarse, que grado le darian entre la discrecion, y la locura.

A C A B ò de cenàr Sancho, y dexàndo hecho *equis* al ventero, se pasó à la estancia de su amo; y en entràndo, dixo: Que me maten, Señores, si el autor deste libro que vuestras  
mer-

mercèdes tienen, quière que no comamos buenas migas juntos: Yo querria, que yà que me llama comilon, como vueffas mercèdes dizen, no me llamàsse tambien borracho. Si llama, dixo Don Geronimo, pero no me acuerdo en que manera, aunque sè, que son mal fonantes las razones, y ademas mentiròfas, segun yo echo de vèr en la fisonomia del buen Sancho, que està presente. Crèanme vueffas mercèdes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote dessa història deven de ser otros, que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: Mi amo, valiente, discreto, y enamorado; y yo simple, y gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo assi lo creò, dixo Don Juan; y si fuèra possible, se avia de mandar, que ninguno fuera osado à tratàr de las cosas del gran Don Quixote, sino fuèsse Cide Hamete, fu primer autor: Bien assi como mandò Alexandro, que ninguno fuèsse osado à retratàrle fino Apeles. Retrátame el que quisiere, dixo Don Quixote, pero no me maltrate, que muchas vezes fuele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hazer al Señor Don Quixote, de quien el no se pueda vengar, fino la repàra en el escudo de su paciencia, que à mi parecer es fuerte, y grande. En estas, y otras platicas se passò gran parte de la noche; y aunque Don Juan quisièra, que Don Quixote leyèra mas del libro, por ver lo que discantava, no lo pudieron acabàr con el, diziendo, que el lo dava por leydo, y lo confirmava todo por necio; y que no queria (si acaso legàsse à noticia de su autor, que le avia tenido en sus manos) se alegràsse con pensàr, que le avia leydo, pues de las cosas obscenas,



obscenas, y torpes, los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntaronle, que adonde llevaba determinado su viage? Respondió, que à Zaragoza à hallarse en las justas del Arnès, que en aquella ciudad suelen hazerse todos los años. Dìxole Don Juan, que aquella nueva historia contava, como Don Quixote (sea quien se quisiere) se avia hallado en ella en una sortija, salto de invencion, pobre de letras, pobrissimo de libreas, aunque rico de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré à la plaza del mundo la mentira desse historiador moderno, y echarán de ver las gentes, como yo no soy el Don Quixote que el dize. Harà muy bien, dixo Don Geronimo, y otras justas ày en Barcelona, donde podrá el Señor Don Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hazer, dixo Don Quixote, y vuestras mercedes me den licencia (pues yà es hora) para irme al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de sus mayores amigos, y fervidores. Y à mi tambien, dixo Sancho, quizá ferè bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote, y Sancho se retiraron à su aposento, dexando à Don Juan, y à Don Geronimo admirados de ver la mezcla, que avia hecho de su discrecion, y de su locura; y verdaderamente creyeron, que estos eran los verdaderos Don Quixote, y Sancho, y no los que descrivia su Autor Aragonés. Madrugò Don Quixote, y dando Golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huespedes. Pagò Sancho al ventero magnificamente; y aconsejóle, que alabasse menos la provision de su venta, ó la tuvièsse mas proveyda.

C A P I-